



## TESTAMENTO

En el nombre y la presencia de Dios, nuestro Padre y de su hijo Nuestro Señor Jesucristo, Redentor, y del Espíritu Santo, vida nuestra, dejo a todos los míos, a quienes me liga el vínculo del amor cristiano, este testamento, para que todo lo mío sea de ellos. Porque lo que tengo y hay en mí lo he recibido del Señor, el cual me dio talentos para multiplicar durante mi vida terrena.

1. Comienzo por dejar constancia de no estar satisfecho absolutamente con mis actitudes, palabras y acciones mediante las cuales desagradé a nuestro Señor, Justo Juez, y a muchas personas a quienes pido sinceramente perdón. Sobre todo, por no haber tenido mucha mayor comprensión y compasión para con los que sufren en cualquier forma el dolor y la miseria material, moral o espiritual. Me considero su deudor y pido a Dios por ellos. Quisiera en todo momento servirlos y ponerme a su disposición en lo que me queda de esta vida y después de ella en el cielo, si por gracia de Dios me salvo.

Y lo digo con confianza porque veo resplandecer la justicia de Dios colmada de misericordia. Su gloria es perdonar, su victoria es redimir, y a ella me acojo al considerar sin valor cuanto pude hacer por la gloria de Dios en mis años de servicio. Mi única confianza son los méritos de Jesús Crucificado y abandonado, a quien estoy adherido por la fe y el amor. Sé que los tengo a mi favor: "Me amó y se entregó por mí".

2. Quisiera dejar en testamento mi único deseo incondicionado: que Dios haga de mí lo que El quiera, para que El sea todo en todos: *Deus meus et omnia* (San Francisco). Sin otra luz ni guía, repitiendo como Pedro cuantas veces el Señor me lo pregunte: "*Tu scis quia amo te*" "*Ut in omnibus glorificetur Deus*".

El encendió en mí las ansias por evangelizar a los pobres, por iluminar a todos con la luz divina, haciéndome servidor de todos, considerándome servidor de sabios e ignorantes.

Me pareció escuchar continuamente el Llamado de Dios a Jeremías: "Yo puse mis palabras en tu boca; yo te constituí sobre mucha gente y muchos reinos, para que borres, destruyas, edifiques y plantes" (Jer.1, 9). "A El corresponde crecer, a mí disminuir". Para que Jesús, el Rey de los siglos, sea considerado, amado y bendecido. Porque sin El nada se conoce en su origen y

destino; sin El no se adelanta a ningún fin; sin El no se puede vivir: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

3. Debo un grande y múltiple agradecimiento. El nombre debería ser "Gracias", por todo lo que he recibido durante mi vida. Sólo después de haber terminado de recibir, lograré abarcar las insondables riquezas y la multiforme sabiduría de Dios. Si me pregunto cómo agradeceré al Señor, El mismo me lo inspira con el salmo predilecto: *Misericordiam domini in eterno cantabo.*

Es tanto lo que he recibido de Dios y de los hombres que me considero íntegramente endeudado, de manera que no queda en mi motivo alguno por el cual merezco algo: siervo inútil que ni siquiera cumplió con lo que estaba prescrito. Por lo cual sólo me glorío en mis debilidades, y así permanezca en mí el poder y la virtud de Cristo.

La experiencia razonada me hace descubrir con claridad meridiana que, desde mi infancia, la mano invisible y amante de la Providencia del Padre me ha venido conduciendo, orientando y alentando de muy diversas maneras, y por diversos caminos, como lo hace con todos los que El llama hacia Sí para asimilarlos a su Hijo según sus designios incomparables.

Todo lo cual no puedo dejar de consignarlo en este mi testamento, como un acto público de reconocimiento y gratitud, como una lección que Dios ofrece una vez más, acerca del valor trascendental de la vida y de todos los momentos, y de cada uno de sus actos. Cuando se analiza y reflexiona a la luz de la fe, todo es gracia, y todo cobra su dimensión divina cuando libremente y por amor se colabora con el Padre creador, con el Hijo redentor y con el Espíritu Santo santificador. Sólo entonces el ser humano, tan pequeño y mezquino, entra a participar en la absoluta trascendencia de Dios.

¡Gracias! Nunca debería dejar de pronunciar con el alma esta palabra, porque cada recuerdo de mis días, cada mirada retrospectiva, cada sonrisa humana reflejada en mis ojos de cuantos me han amado, me revela y descubre el hilo de oro, la trama prolija urdida por el amor y la sabiduría ininvestigable del Señor. Y hasta las infidelidades y debilidades, reconocidas y confesadas, enriquecen con sus sombras limitadas la luz victoriosa del Amor Misericordioso del Señor.

4. Aquí debería comenzar el libro de mi vida, cuyo título no podría ser otro sino: ¡Gracias! En él quisiera publicar la deuda de mi gratitud contraída por tantos bienes recibidos.

Gracias al Señor por haberme hecho nacer en esta tierra, país maravilloso que refleja la belleza infinita en las variedades de su naturaleza, en las cualidades de su gente y en la nobleza de su historia.

Gracias por una ascendencia familiar en la cual, con Providencia manifiesta, Dios fue entroncando ramas cargadas de savia selecta de espiritualidad cristiana, de criterios rectos, de virtudes cívicas, de cultura literaria y artística, de altos ideales. Cómo agradecer todo el patrimonio familiar recibido no en bienes materiales deleznable, sino en dones de auténtico valor, de mis padres de mis abuelos, entre los cuales Amalia Errázuriz descuella ocupando un lugar luminoso de gran magnitud. Cuántos aportes de vidas valiosas de tíos y primos, y de generaciones anteriores que enriquecieron el alma familiar. Multiplicando sus talentos que no recibieron en vano.

5. Doy gracias al Señor por la madre que me dio en la tierra. No pudo dárme la mejor, más completa como persona, más amante y amable. Suave y fuerte, presente en el mundo de la época para introducir a sus hijos con el bagaje de sus antepasados, y orientada hacia Dios. con todo el vigor de su espíritu.

Los hijos le somos deudores de reconocimiento perdurable, destinado a las generaciones de su descendencia, por el inmenso caudal heredado de su alma de artista, de escritora, de apóstol; ávida de lo divino, centrada en Jesucristo y amante apasionada de su Iglesia, de su Evangelio y de sus santos.

Espero, antes del fin de mis días, pagar la deuda contraída con ella y sus descendientes y toda la gran familia de esta tierra, publicando los recuerdos históricos de su extraordinaria personalidad.

6. Gracias por los educadores que me introdujeron en el humanismo cristiano desde el cual se comprende al hombre, la vida, el mundo, la historia, como un todo maravillosamente ordenado y armonioso, destinado a un fin trascendental, digno y suficiente a la aspiración del ser humano, inteligente, libre y amante.

Entre los educadores agradezco, en su calidad de director espiritual, en primer lugar, al padre Damián Svmon SS.CC. a los PP. Vicuña, López y Zorrilla S. J. Ellos fueron preparando pacientemente mi espíritu para recibir siempre mayores gracias.

7. Gracias por los años de estudio en Roma, madre v maestra patria de todos los regenerados por Cristo. En ellos el padre Maina S.J. fue el ángel de mi vocación. y- los profesores de la Universidad Gregoriana, cada cual un instrumento en la obra de Dios.

8. Por el llamado tan marcado v exigente de la Orden de San Francisco, según el ideal seráfico que me cautivó en la juventud, sólo en el cielo podré agradecer debidamente. En la orden capuchina no sólo encontré una tradición llena de significado y de espiritualidad, sino mi nueva familia, de un patrimonio acaudalado en siete siglos, por numerosos santos y santas y un ambiente de humildad, oración y paz. En ella Dios me fue mostrando cada día el camino por medio de religiosos ejemplares, como los PP. Stanislaus e Ingbert, en Baviera, y los PP. Paolino, Giacinto y Gerolamo, los dos últimos llamados a sedes episcopales en el Véneto.

Gracias debo al Señor por el cúmulo de gracias recibidas en mis años de formación capuchina y sacerdotal en Baviera y en Venecia, en lugares favorecidos por la intensidad acumulada en muchos siglos de vida eclesial. Gracias por las horas de oración en la santa capilla ante N.S. de Altötting y ante la tumba gloriosa del Santo de Padua. Gracias Señor por los días de felicidad y de beneficios recibidos en compañía de mi madre y de mis hermanos reunidos para la primera misa en Asís, y demás en Loreto y en la Verna.

9. Gracias por el ejemplo y el estímulo permanente de mis hermanos de orden en las misiones de Araucanía, especialmente de parte de los obispos vicarios apostólicos Guido Beck y Guillermo Hartl, durante mis años hermosos de servicio en el vicariato.

10. Gracias por la colaboración de tantas religiosas y fieles de aquellos años de misiones, especialmente en Boroa y en Pucón, donde el cielo se refleja tan serenamente en las almas sencillas formadas por el Evangelio, como en la espléndida majestad de la naturaleza más privilegiada de nuestro territorio.

11. Gracias desde lo más íntimo al Señor por haberme hecho ocupar un lugar junto a los seleccionados para ser sus apóstoles y testigos, participándome, a pesar de tanta indignidad, la plenitud de su sacerdocio y del cargo pastoral del Colegio Apostólico.

Y por haber sido llamado a dar nueva vida a la Iglesia diocesana de Osorno, para lo cual comprendí desde el primer momento que era necesario entregarle sin reservas todas mis energías, día tras día.

Gracias por los hermanos de nuestro episcopado en la CECH, ejemplares, abnegados y unidos.

12. Gracias por la mano providente del Padre, la palabra del Hijo y la fuerza del Espíritu Santo, que han hecho posible organizar desde los inicios la vida de la Iglesia diocesana en medio de un mundo de tiempos difíciles.

13. Gracias por los sacerdotes ejemplares y celosos que han venido a colaborar abnegadamente en la tarea pastoral, tanto religiosos como diocesanos, reunidos en un presbiterio que es la primera fuerza espiritual de la diócesis, *gaudium meum et corona mea*.

Gracias por las religiosas de las diversas órdenes y congregaciones al servicio de Dios y de las almas en los diversos campos de apostolado. Sólo El sabe el aporte de cada una, pero hay un trabajo manifiesto que está produciendo igualmente la promoción del Evangelio y el acercamiento a Dios.

14. Quiero manifestar mi agradecimiento a los fieles de Osorno que cada vez más numerosos se han ido incorporando a las filas de la Iglesia, militando, escuchando su llamado y comprendiendo cada cual su responsabilidad apostólica como laicos en tantos frentes de trabajo, en la construcción de la Iglesia, en la transformación del mundo.

15. Gracias sean dadas a Dios por haberme conducido por su Providencia a la generación nueva de cristianos surgida en el seno de la Iglesia por la vocación de Chiara y sus compañeras. En este retoño vigoroso de espiritualidad cristiana encontré el ideal auténticamente seráfico con el cual el Espíritu Santo quiere estimular a la Iglesia renovada por el Concilio para restaurar la vida en unidad conforme a los designios del Señor, palpando el cumplimiento formal de su promesa: "Donde dos estén congregados en mi nombre, ahí estaré yo".

Gracias, Señor, por la luz que difundes a través de Chiara Lubich, privilegiada por tu gracia, y por haber suscitado en ella al movimiento hacia la unidad tan deseada por ti. En esta unidad, fruto del amor, hemos podido palpar tu presencia, prometida a "dos o más que se congreguen en tu

nombre", lo que constatamos especialmente entre los hermanos en el Episcopado unidos por este ideal.

16. Gracias por los Sumos Pontífices que has dado a tu Iglesia durante los años de mi vida, comenzando por San Pío X, uno tras otro, frescos en mi memoria y muy cercanos en el alma, con la poderosa influencia de su personalidad.

17. Quisiera dejar en este testamento, además del testimonio de mi reconocimiento, otros testimonios que por haberlos experimentado a través de la vida pueden servir a todos aquellos que de una u otra manera alcancen "lo que vimos y oímos y palpamos con nuestras manos", como dice San Juan (*1 Juan 1, 1*).

Confiar en el Señor, fiarse al Señor, es comenzar a probar cuan suave es el Señor. Es abrir una ventana hacia un panorama siempre nuevo. *Expertus dica*: quien busca paz, quien busca vida, amistad, amor, que escuche al que dice en todas partes y en todos los tiempos: "Venid todos a mí, yo os aliviaré".

Sepan que el Padre Dios espera al hijo pródigo de la sociedad moderna, con ansiedad, con amor lleno de misericordia. Sepan que si no adhieren a la fe, por muy diversos motivos y se encuentran lejos de aquel que ansían conocer porque sospechan su existencia, el cual los ama desde la eternidad, y para el día de su regreso a la Casa Paterna, les tiene preparado un festín de un gozo incomparable. Sepan que sin la conversión del corazón a Dios, según el Evangelio de Jesucristo, no habrá paz en las almas, ni en la familia ni entre los pueblos. Esto os lo dice un amigo que en testimonio ha entregado y espera entregar minuto por minuto la vida por Dios y por la Iglesia.

18. A aquellos que están en vías de acercarse, a los que despiertan hoy ante los sucesos de la historia reciente, ante signos de los tiempos claros y elocuentes, que superen con confianza los restos de temor, los prejuicios y egoísmos y den los pasos hacia la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el seno de su familia terrenal, la Iglesia, y que la obediencia les hará libres.

19. Y a los fieles, a los domésticos, a los "vencidos por Cristo", a los comprometidos con su causa y con su Iglesia, recuerden que es necesario renovarse permanentemente porque el amor nunca dice basta.

Que no atribuyan a mérito propio lo que es un puro don de Dios. Que si han recibido mucho, mucho se les pedirá, más se les dará mientras más se olviden de sí mismos para revestirse del Evangelio. Que sepan considerarse siervos inútiles cuando hayan cumplido todo lo mandado. Y que se sepan deudores de Amor y servicio a Dios y a los hombres.

En fin: que no decaigan nunca del "primer amor", especialmente a los consagrados. Que se alegren de verdad ante el retorno de cada Hijo Pródigo. Que no envidien a los llamados a la "hora nona". Que sean fieles hasta la muerte para recibir la corona de la vida.

20. Si he de dejar alguna llave para distribuir la herencia espiritual, ésta se encuentra en la clave dada al mundo por el Padre Dios en su hijo Jesús. Todo el tesoro eterno y universal de lo divino y de lo humano está en El, principio y fin de todas las cosas.

Quisiera que aquellos que de alguna manera están relacionados conmigo, vayan buscando y encontrando en El su Único tesoro

Que el nombre de Jesús sea su alegría.

"A El le corresponde crecer, a mí disminuir".

Que su palabra sea luz.

Que su presencia sea seguridad y confianza.

Que su pasión sea el reclamo permanente para devolver amor por amor, en afecto y en actitud, en palabras y en acciones.

Que Jesús Crucificado y abandonado sea clave del sufrimiento, para hacer de él un instrumento de salvación y valorándolo por el amor.

21. Acerca de la Iglesia quisiera dejar una herencia constituida por todo mi ser, para que se pudiera decir lo que San Pablo escribió del Maestro: "amó a la Iglesia y se entregó por ella". Que esta herencia tenga penetración y difusión en todos los corazones y ambientes de la vida, y con todos los alcances de su significado.

Porque la Iglesia es la gran realidad de Dios en medio de su pueblo. Porque ella es el misterio del Cuerpo de Cristo resucitado y presente. El, la cabeza; nosotros, los miembros vivos por la gracia del Espíritu Santo.

En la iglesia militante, purgante y triunfante se realiza en plenitud el designio de Dios Salvador nuestro, designio escondido por los siglos en Dios, revelado en Jesucristo.



Quisiera que los pastores, sacerdotes de nuestra diócesis, sepan investigar y encontrar en las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia y en sus prácticas todas, la luz que anhelan y toda la seguridad que necesitan para enseñar y para ser "forma de vida para la grey" (San Pedro), y para dar testimonio de la fe, porque ésta es la victoria que vence al mundo.

Que encuentren en el cultivo de lo divino, según las prescripciones de la liturgia, la fuente de renovación, el método de oración y el permanente crecimiento de su vida espiritual.

Que los santos, luminarias celestiales, compañeros de camino que nos antecedieron mostrándonos el camino, sean para sacerdotes y religiosas y fieles, verdaderos amigos que alienten la ascensión y ayuden a superar los obstáculos como una fuerza y una ayuda obtenida por su intercesión.

Ellos creyeron en el Evangelio y lo hicieron realidad en sus vidas.

Que lo comunidad diocesana, fuertemente integrada en la unidad de la fe del bautismo, de la jerarquía y del amor, mantenga acreciente su vinculación con el Vicario de Cristo, maestro de la fe, sucesor de San Pedro.

Sólo en esta sucesión podrá provenir la gracia de la vitalidad celestial, del acierto pastoral y de la unidad de espíritu por la cual Jesús oró tan insistentemente en la última Cena.

Que María, la Madre de Jesús, sea conocida, venerada, amada y sentida por el clero, religiosos y fieles, como la Madre de la Iglesia de Osorno. Que los misterios de la vida de Jesús y de María recordados en las celebraciones litúrgicas en la práctica asidua del santo rosario formen el alma mariana de nuestra iglesia diocesana. Ella es el signo de la piedad, la misericordia y la esperanza.

22. En cuanto a bienes materiales, no soy propietario de nada. Deseo ser fiel hasta la muerte al voto de pobreza emitido en mi profesión religiosa, y por él me libré de todo apego a bienes de este mundo.

Lo que hay en el obispado fue adquirido con donaciones y limosnas destinadas a la iglesia de Osorno, por lo cual todo ello pasa a ser patrimonio del obispado, conforme al derecho canónico.

23. En cuanto a los recuerdos de familia: una imagen antigua de madera de la Virgen María y otra de composición, de estilo gótico, un crucifijo antiguo de la oficina, un cuadro de desposorio de Santa Catalina, son regalos de familia. Disponga de ellos mi sucesor en la sede. Los otros recuerdos

menores. consistentes en grabados y fotografías, quedarán a disposición de mis hermanos, según su interés.

24. Pido que no se haga ningún gasto superfluo por mi sepultación. Que se cante la misa en gregoriano y salmos en castellano por todo el pueblo. Que sea depositado en un cajón de madera rústica bajo el suelo de la Catedral, en espera del día de la Resurrección.

25. Recomiendo, sobre todas las cosas, una vez mas. estas tres:

- la unidad de espíritu, que es el fruto del amor a la verdad, a la justicia, a la comprensión. Que se la obtiene cuando se aprende a perder, a obedecer, a servir y a sufrir.

- el espíritu de oración que encuentra en la comunión y en la conversación con Dios siempre nuevas energías y nuevas inspiraciones, y que es más importante que la acción.

- preocupación permanente por los que sufren, por los pobres, los oprimidos, los enfermos, los ancianos, viva imagen de Jesús Crucificado y abandonado.

26. Pido a todos los sacerdotes de la diócesis concelebren el divino sacrificio al menos tres veces implorando al Señor el descanso eterno de mi alma. A los religiosos y fieles pido la limosna del sufragio, de un recuerdo prolongado ante el Señor.

Sólo en El esperamos la salvación y la vida verdadera y la felicidad de reunirnos todos en la casa Paterna para cantar eternamente las misericordias del Señor.

+ F. FRANCISCO, *Obispo de Osorno*

*29 de septiembre de 1978, día de San Miguel Arcángel.*